

Los Vivos Aparecidos

Autor Olivia Sofontes

Quinto Lugar

Es costumbre en los campos venezolanos, hablar de las ánimas o espantos andantes. Los hay que aparecen de día y los que aparecen de noche. Los de día, se dicen que sus almas divagan estando vivos. Todas son leyendas, porque al final no se tiene una explicación lógica de tantos relatos. Lo que sí es seguro, es el susto y alarma que pasan las personas cercanas ante esos “espantos” aparecidos.

El caso de mi abuelo, el papá de mi mamá, es que salía a sabanear a caballo con al menos seis peones, a caballo también, casi siempre durante seis o siete días seguidos. En ese tiempo dormían en las cobijas que llevaban, unas las usaban como almohadas, otras las colocaban en el suelo para acostarse en una parte y con la otra, se cubrían el cuerpo o se abrigaban del frío de la madrugada o de la lluvia. No existía para esa época los sobretodos de caucho, plástico o hule, que definitivamente hubieran sido mucho más útiles en caso de lluvia. ¿Qué comían? Llevaban carne de res salada, arroz, ajo, cebolla. Hacían un fogón cerca de un río, donde lavaban la carne para sacarle la mayor parte de la sal. En una olla grande que también llevaban en uno de los caballos con ellos, colocaban la carne a hervir, al estar blanda, le echaban el arroz y los aliños.

Ajo y cebolla que se conservaban mejor en cualquier ambiente y por varios días.

Aquello sabía a gloria. Otros días, algunos pescaban en el río y se comían el resultado, hervido con sal. También preparaban el café, que filtraban con un colador de tela, como

los que se usaban en esos tiempos y que todavía se consiguen en esas bodegas de los pueblos que tienen de todo, desde herramientas para trabajar el campo, hasta parrillitas para asar carne, grecas para el café, ollas, platos de peltre, mejor dicho todo implemento para vivir y trabajar en el campo. Sólo llevaban dos tazas o pocillos de peltre, que se pasaban unos a otros para disfrutar el café mañanero. Sí llevaban los platos de peltre de acuerdo al número de hombres que iban en la caravana de trabajo.

Todos esos días en las sabanas, situadas en los campos venezolanos del estado Monagas, eran para recoger las vacas y algunos toros, que caminando se alejaban de la casa del hato, parían y se multiplicaban por montones. Se esparcían realengos por esos campos, y luego había que recoger y llevarlos a casa. Tras esos días de arduo trabajo bajo el sol inclemente o la lluvia constante, regresaban a la casa con un buen rebaño, para comenzar luego de un merecido descanso por lo menos de una semana, el proceso de identificar a los animales nuevos, con el hierro de la familia. Por lo menos dos veces al año se hacía ese procedimiento.

Cuenta mi familia que después del tercer día de la partida del grupo, principalmente en las mañanas cuando todo estaba en calma en la casa, se sentía la llegada de mi abuelo. Se le oía carraspear, toser o el ruido de sus pasos, con sus botas y espuelas, el sonido característico de él, que todo el mundo conocía. Era como una marca de los hombres de la familia, sobre todo las pisadas, se sabía cuál era de quien. Quienes vivían en esa casa de campo, en El Ñato, como se llamaba el hato, ya estaban acostumbrados a tales sonidos paranormales, porque de lo que no había duda era que mi abuelo estaba en la sabana ese día. Sin embargo, los que estaban de visita o por primera vez en la casa, sin conocer lo que sucedía, se les veía pálidos del susto.

Aparentemente este tipo de fenómeno se hereda porque con mi tío José Celestino, uno de los hijos de mi abuelo, ocurría lo mismo, con la diferencia que esas manifestaciones eran con menos frecuencia. No sucedía cuando iba a la sabana, sino a Maturín o a El Tigre, las dos ciudades más importantes y más cercanas al Ñato, distantes por lo menos un día de viaje a caballo, saliendo bien de madrugada y llegando bien entrada la noche a su destino. En ocasiones cuando se le “sentía” entrar a la casa, alguien preguntaba ¿Llegaste José? Pero no había respuesta.

Sin embargo, surgía una preocupación con este tipo de manifestaciones extrañas. Para entonces no se sabía si estaban bien o les había pasado algo y estaban “avisando”, como se acostumbraba a decir. Pero nunca en los años 20-30 se conoció porqué ocurría el fenómeno. Pasaron los años y cada uno se murió de viejo, no cuando podían sabanear o cabalgar a caballo, para trasladarse de pueblo en pueblo o recorrer esas sabanas llenas de olores, sonidos y colores que nunca se olvidan, sino mucho después. Lo que si es que dejaron en la mente de su gente allegada, el recuerdo de sus apariciones cuando estaban vivos. Mientras el misterio de los “vivos aparecidos” sigue sin resolverse.